

atrás, estaba hecho una balanza; pero tiempo y trabajo perdido. Por último, comenzó á dar vueltas como un palo de barquillero, pero el Diablo permanecía enclavado en el banco, y jamás cadena alguna sujetó mejor á su víctima. Bien pronto empezó á echar espumarajos de rabia por la boca y á dar lamentables gritos que solo sirvieron para redoblar la hilaridad de Matatías. Por último, hecho un mar de sudor, sin aliento, con los ojos hinchados y mas encarnados todavía que antes, suplicó humildemente al herrador que le diese suelta.

Consintió éste en ello, con tal que el soberano de los infiernos le diese su palabra de marcharse solo y mas ligero que lo que habia venido.

Satanás prestó el juramento que se le pedia, y cumplió su real palabra, cosa que no han hecho siempre muchos soberanos de la tierra. Matatías lo vió desaparecer con la prontitud de la flecha mas rápida.

Provechosa fué esta lección á nuestro viejo mentiroso, que durante algun tiempo se guardó muy bien de repetir su antiguo juramento.

Un día que iba atravesando un campo, vió pasar á su lado un perro que llevaba una perdiz en la boca: coger la perdiz y meterla en su bolsillo fué negocio de un instante para nuestro herrador.

Algunos minutos despues llegó un hombre y preguntó á Matatías sino habia visto una perdiz que acababa de matar con su arco.

—No, no he visto nada, dijo.

—¿De veras? insistió el dueño del perro. ¿No la habeis visto?

—El Diablo me lleve si miento, exclamó el viejo embustero.

Marchóse el cazador y Matatías se fué á llevar á su muger la perdiz robada. Su muger se negó á guisársela diciendo: que no quería caza robada, y tanto le reprendió, que su marido le nombró la persona á quien pertenecía y la honrada muger fué á devolvérsela.

Apenas habia salido de la casa cuando volvió á presentarse en ella el Diablo, pero con aire mas feroz que la vez primera.

—Me has vuelto á llamar, le dijo y aquí estoy: pero esta vez no me cogerás: tu muger está fuera y no tienes que despedirte de ella; con que adelante.

—Sea, marchemos, respondió Matatías.

—Enhorabuena, esta vez al menos eres razonable, le dijo Satanás mas aplacado.

—¿No es verdad que hace mucho calor? le preguntó el herrador.

—¡Uf! dijo el Diablo, limpiándose el sudor de la frente, lo que hace hoy es una sed rabiosa.

—Me ocurre una idea, dijo el viejo embustero, vamos á irnos como unos imbéciles dejando allí las mas hermosas cerezas del mundo. ¡Ah! como yo no fuera tan viejo ya treparia sobre ese árbol.

—¡Si yo subiese en lugar vuestro! propuso Satanás, sin pensar en el mal que iba á sucederle.

—Id, id, no os las comereis todas, ya me echaréis algunas para refrescarme la boca.

Trepó inmediatamente muy listo el Diablo á las ramas del árbol, se comió desde luego las cerezas mas gordas, y de tiempo en tiempo echó algunas á su propietario. Cuando se

hubo comido cuantas le dió la gana, quiso bajar del árbol el infernal gloton. Todo fué muy bien hasta llegar á la última rama; empero una vez puesto el pié en aquel sitio, le fué imposible desprenderse de él.

—¡Hé! ¿qué haceis ahí en lo alto? gritaba Matatías, ya no comeis y estais ahí colgado como un tordo; vamos á ver, bajais ó no bajais.

De repente se oyó el mas horrible rechinar de dientes que jamás resonó en el mundo.

—¿Pero vamos, repetia el herrador; vamos á estar con esta diversion toda la tarde?

El Diablo continuaba rechinando los dientes, agitando en todos sentidos, cual si estuviese dentro de una pila de agua bendita, doblábanse las ramas, inclinábase el árbol en todas direcciones y el Demonio jadeando lanzaba gemidos tan profundos como los resoplidos del fuelle de la fragua.

—Parece que habeis fijado ahí vuestra mansión, le dijo burlándose Matatías, vamos, que mejor alojamiento es ese que el del infierno.

—Te doy mi palabra, exclamó el Diablo agotadas sus fuerzas, que te dejaré todavía en paz esta vez, si me liberas de este horrendo suplicio.

Matatías consintió en dejarle bajar, y el Diablo con las orejas bajas y el rabo entre piernas se marchó por donde habia venido sin atreverse siquiera á volver la cabeza.

Esta nueva visita produjo su efecto. Durante dos años el herrador se moderó tanto que no solamente no mintió, sino que no empleó ni aun cuando decia la verdad, su antigua manera de afirmarla.

A los dos años de esta aventura, Matatías dió una gran comida á sus parientes y sus amigos para celebrar el día en que cumplia cincuenta años de matrimonio. Tenia entonces setenta y dos años de edad. Bebió bien y el vino le soltó la lengua y se puso á contar que á la edad de quince años habia matado cinco lobos muy grandes en una sola mañana.

—¡Bah! murmuró uno de los convidados, cuatro lobos hay de más.

—Si acaso estarian ya muertos y os los encontraríais, dijo otro riéndose.

—¡El Diablo me lleve si no es verdad! exclamó el viejo herrador.

—Si, si, exclamaron todos los convidados, ya sabemos lo que eso significa, juramento del embustero, un nuevo embuste.

En aquel momento entraron á avisar á Matatías, de que deseaba hablarle un hombre de alta estatura y facha poco cristiana.

Salió y su asombro al ver al Diablo fué tal, que se le dispararon los vapores del vino, y quedó despejada su cabeza.

—Ahora, le dijo el rey de los condenados, te desaffo á que vuelvas á burlarte de mí, te he cogido y ya no te soltaré.

Y al decir estas palabras le agarró del brazo Satanás, y sin mas cumplimientos le arrastró inmediatamente lejos de su casa. Al cabo de un cuarto de hora de camino, Matatías le suplicó que fuesen un poco mas despacio.

—Buéno, estamos lejos de tu casa maldita, y aquí ya no te temo.

—Y haceis muy bien en no temerme. Sé muy bien que estoy en vuestras manos..... No quiero decir entre vuestras uñas. Preciso es confesar que sois muy poderoso.

AÑO XIX. 17.

SEGUNDA SERIE.—1861.

Dirigir esta lisonja á aquel á quien siempre ha dominado el orgullo, era como se dice vulgarmente, rascarle en donde le picaba. Así es que el príncipe de los infiernos respondió con altivez:

—Sí, soy omnipotente, y todo tiembla á mi presencia.

—¿Es verdad, preguntó el herrador, que podeis trasformaros de todas las maneras?

—Cierto, dijo el Diablo. Puedo cambiar en un instante de forma, de edad y aun de sexo, y muchas han sido mis metamorfosis desde que me convertí en serpiente allá en el paraíso terrenal, para engañar á Eva y perder toda su descendencia.

—¿Y podeis haceros chiquito ó grande á arbitrio vuestro?

—¿Por qué no? ¿lo dudais acaso?

—Mucho me alegraría de verlo. Por ejemplo, ¿podrías aparecer tan grande, tan grande como aquella encina que se vé allí?

Inmediatamente el diablo se alargó, se alargó, se alargó como si fuera de *causú* (ó goma) y se hizo grande como una encina, y despues volvió á tomar su forma ordinaria.

—Y ahora, dijo Matatías, ¿podrías haceros chiquito como un perro?

Satanás se achicó al instante, y no pasaba su cabeza de la de un falderillo.

—Muy bien, continuó el malicioso herrador. ¿Podrías haceros mas pequeñito que un raton, es decir: que pudiérais caber en esta bolsa?

El Demonio, llevado por su amor propio, no vió el lazo, y despues de haberse achicado y reducido como se le pedía se metió en la bolsa. Matatías tiró inmediatamente de los cordones, se guardó el bolsillo y se volvió á buscar á sus convidados. En el momento en que volvió á su casa, estaban los convidados jugando á las cartas; atravesábanse sumas considerables. Nuestro herrador jugó y perdió. Fué á pagar, cogió entonces su bolsillo, pero al tocarlo no sintió dentro mas que al diablo, y se recordó que la víspera habia gastado todo cuanto contenia.

—Ya pagaré mas tarde, dijo al que le ganaba.

—¿Pero en esa bolsa hay algo? dijo éste.

El Diablo, á quien faltaba el aire para respirar dentro, dió un pequeño chillido.

—¿Qué es lo que oigo? añadió el que ganaba, parece que suena.....

—No: no es nada... es.... es el Diablo.

Y el herrador colocó el saquito sobre una mesa, donde estaban los refrescos.

El que ganaba apretó fuertemente con el dedo la bolsa sin abrirla, é inmediatamente salió de ella un nuevo chillido parecido al de un perro cuando le pisan la cola.

Al oír aquel ruido, todo el mundo acudió á la mesa para ver lo que era.

—Abridme, abridme; me ahogo, me sofoco, gritaba el Diablo, yo te prometo, añadía dirigiéndose al herrador, dejarte todavía en paz.

—Hablan dentro de esa bolsa, dijo lleno de asombro uno de los convidados.

—¿A qué haceros por mas tiempo un misterio de esto, exclamó nuestro herrador, os afirmo que es el Diablo, que se ha dejado coger aquí como un tonto.

Y contó todo lo que habia sucedido. Riéronse como

unos locos todos, y cuando al fin quedó libre el Diablo para irse, y hubo tomado su primitiva forma, fué su marcha acompañada de tales silbidos, risotadas é insultos, que aburrido y confundido apenas encontraba puerta para marcharse.

—Vaya al infierno, dijo Matatías, porque no es nada agradable que venga á turbar tan buena sociedad; prometo, por mi parte, no volver á llamar á tan terrible personaje, tanto mas, que conociendo ya mis tres dones, no podria volverlo á atrapar.

Desde aquel día el viejo herrador, no volvió á proferir una sola mentira, y tuvo muy buen cuidado de no pronunciar ni una sola palabra que se aproximase á su antigua frase de «lléveme el Diablo si no es cierto.» Vivió largo tiempo aun, amado y respetado de todos, y cuando espiró fué universal el sentimiento que causó su muerte.

Su historia causó gran ruido; por todas partes se contó el episodio del Saco de Cuero, y desde entonces se dice al hablar de alguno que no tiene dinero: «Lleva el Diablo en el bolsillo.»

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

LOS CRISTIANOS DEL LÍBANO.

EL LIBANO.—MATANZA DE LOS MARONITAS.—OCUPACION DE SIRIA POR LOS FRANCESES.

(1860—1861).

Cuando en el año 1857, en el tomo XVI del Museo de las Familias, publicamos nuestros estudios sobre los *Cristianos del Líbano*, tuvo nuestro artículo un éxito que no podíamos preveer. Lo copiaron la mayor parte de los periódicos de aquella época, y el favor que consiguió nuestro artículo escrito sin pretensiones, y si con las inspiraciones del corazón, excedió á todas nuestras esperanzas.

Anunciábamos entonces las desgracias que veíamos desplomarse sobre aquellos pobres hermanos nuestros. Tristes profetas, hemos tenido el dolor de ver realizados nuestros funebres vaticinios.

Imploramos socorros para nuestros hermanos de Siria, hoy tenemos que llorar por ellos, y demandar venganza al cielo para sus pérfidos asesinos.

Las matanzas, las atrocidades de todo género de que han sido víctimas los maronitas en la Siria en 1860 han comovido á todos los hombres de corazón de todas las naciones civilizadas.

La Europa se estremeció y envió á Siria á proteger á los cristianos un ejército de ocupacion de seis mil hombres, para proteger á aquellos cristianos y apoyar las decisiones del encargado por el sultan de reprimir aquellos crímenes y castigar aquellos asesinatos.

Fuad-Bajá recibió esa terrible misión. Muchos de nuestros lectores de Madrid recordarán haber visto á este alto personaje turco en la corte cuando vino de embajador extraordinario á felicitar á la reina Isabel al entrar en su mayor edad. Se llamaba entonces Fuad-Effendi, por la dignidad que desempeñaba, despues ha llegado á la mas alta del imperio turco, á Bajá.

El Líbano es uno de los países sometidos al dominio del sultan.

La cadena de las montañas del Líbano es una de las cosas mas bellas que puede admirar el viajero por la frescura de los paisajes, el eterno verdor de sus valles, el curso de sus límpidas y cristalinas aguas que brotan por todas partes, y corren por profundos barrancos. Bosques de olivos y moreras siembran las escarpadas rocas, en los mas altos valles se ven perpétuas nieves.

De todos los vegetales que adornan el Líbano, los mas célebres ya desde la antigüedad son los cedros: colocados en su parte septentrional, forman un pequeño bosque cerca de cuatrocientos piés de árboles sobre una llanura de dos mil metros. Este bosque está situado á tres leguas de la aldea de Edem, delicioso sitio donde segun los árabes colocó Dios el paraíso terrenal.

Entre aquellos cedros se ven todavía doce muy viejos, que deben de ser contemporáneos de Salomon, y que tienen por consiguiente cerca de tres mil años de edad. Son enormes y dos de entre ellos tienen trece metros de circunferencia. En otro tiempo cuando la paz reinaba en aquellos bellos parages, los cedros se hallaban bajo la proteccion del patriarca de los maronitas, que venia todos los años el día de la Transfiguracion á celebrar el santo sacrificio de la misa sobre un altar de madera de cedro levantado al pié del mas grande de aquellos venerables árboles.

En el declive de este bosque del Líbano se halla el pozo bíblico, cuya vista presentamos á nuestros lectores. El brocal está á flor de tierra al pié y á la sombra de los cedros. El maronita vestido como en los tiempos de Eliezer, saca el agua con una cuerda y llena el cántaro de alguna moderna Rebeca vestida de la túnica de lana de ancha cintura y con el largo velo blanco de la tradicion. El asno aguarda á dos pasos de distancia la carga que van á confiar á sus espaldas. Este pozo es una página en accion del libro de los patriarcas.

Sobre los mas altos picos, sobre las llanuras de las escarpadas rocas, sobre la pendiente de las colinas, al borde de los precipicios, en los valles, aparecen esos numerosos conventos y colegios griegos, latinos, armenios, rusos y maronitas que se escalonan en el Líbano, con sus pequeños campanarios, sus arcos, sus anchas terrazas y sus paredes que destacan del fondo que las rodea sus blancas y brillantes masas á los rayos del sol.

Las salas de los conventos, las celdas de los padres, sus iglesias, han sido muchas de ellas abiertas en la roca; muchas veces las comunidades que se han establecido en estas escavaciones se han aprovechado de grutas que en otro tiempo sirvieran á algun anacoreta y que habian consagrado las tradiciones piadosas de aquella comarca.

En los primeros tiempos de fervor y de fé, en aquellas cavernas era donde el profeta Elías habia instruido á sus discípulos, en donde Juan el precursor del Mesías dejaba oír su ardiente palabra que inaugura la vida cenobítica. Uniendo ermita á ermita, celda á celda, el campo religioso se extendió rápidamente sobre la montaña, en el desierto, en el fondo del valle. Así á cada paso, entre los plátanos, los pinos, las moreras, los cipreses, cerca de un torrente, debajo de una roca, se abre una caverna y encima de su entrada hay grabada una cruz groseramente en la piedra.

En el interior en grutas de ocho á diez piés de alto, se

leen sobre sus oscuras paredes piadosas leyendas escritas en caracteres siríacos. Al pisarlas tal vez crujen emblanquecidos huesos, son los de mártires que en los días de persecucion buscaron allí un abrigo contra los drusos y los musulmanes y que los fanáticos asesinaron en aquel lugar de refugio. Hoy sus celdas están vacías, empero allí vivian y oraban algunos reclusos en el tiempo en que en todo el Líbano la oracion subia hacia Dios y donde nubes de incienso se levantaban sobre todos los puntos de la santa montaña cual de un inmenso altar consagrado al Señor.

Dos pueblos habitan principalmente el Líbano, los maronitas y los drusos.

¿Qué es la nacion maronita?

Vamos á explicarlo en pocas palabras. Los maronitas, llamados así del nombre del antiguo solitario Maron, pertenecen desde el siglo XII á la iglesia latina. Antes de abandonar la heregia por la fé católica, habian fraternizado con los cristianos que marcharon á la Tierra Santa en la primera cruzada, constituyéndose sus guías en los caminos de Jerusalem; mas tarde, segun las tradiciones católicas del Líbano, combatieron con los cruzados en las guerras en la Tierra Santa. Forman una raza robusta, vigorosa y valiente. Su número era de cerca de unos doscientos cincuenta mil, antes del último degüello. Tienen un patriarca que toma el título de patriarca de Antioquia, tienen obispos, sacerdotes y monjes. Se encuentran familias maronitas con nombres europeos, lo que hace creer que hombres de todas las naciones que acudieron en aquellos siglos de fé ardiente á la conquista de Jerusalem, se mezclaron con la nacion católica del Líbano. La mayor parte de estos apellidos son franceses, ingleses é italianos, y si son menos los españoles, es porque cuando la Europa de vez en cuando armaba sus cruzadas para conquistar la Tierra Santa, la España mantenía constante sin tregua ni descanso, una cruzada de siete siglos para purgar su suelo de la morisma, que cual devastador torrente y amenazando invadir la Europa entera, se habia apoderado de él, despues de la infausta derrota del Guadalete, donde se hundió para siempre la poderosa monarquía de los godos.

El patriarca de Antioquia y los cristianos maronitas, establecidos en el monte del Líbano, han estado siempre bajo la guardia y proteccion de las naciones católicas, y especialmente de la nacion francesa. Por eso los embajadores de las naciones católicas en Constantinopla, y los cónsules y vice-cónsules establecidos en los puertos y escalas de Levante, han prestado siempre, segun el poder é influencia de sus respectivas naciones, su proteccion al patriarca de Antioquia y á los cristianos maronitas del monte Líbano.

Hubo un tiempo, cuando la España dominaba en el consejo de las naciones, y su voz se acataba en dos mundos, que los reyes católicos de la casa de Austria eran un poderoso escudo, un baluarte inespugnable para aquellos pobres cristianos. Hoy la influencia del mundo se halla en manos de la Francia. Y bajo su amparo vivian en seguridad nuestros hermanos. El Líbano, cerrado á los turcos, era un asilo inviolable. Despues de la batalla de Navarino, fué el refugio de los cónsules y de los europeos amenazados por la bárbara cólera musulmana. En el Kesroan, la mas rica y mas bella region del Líbano, exclusivamente poseida por los católicos, y que tiene mas de cien mil habitantes en una estension de doce leguas de largo sobre otras tantas de an-

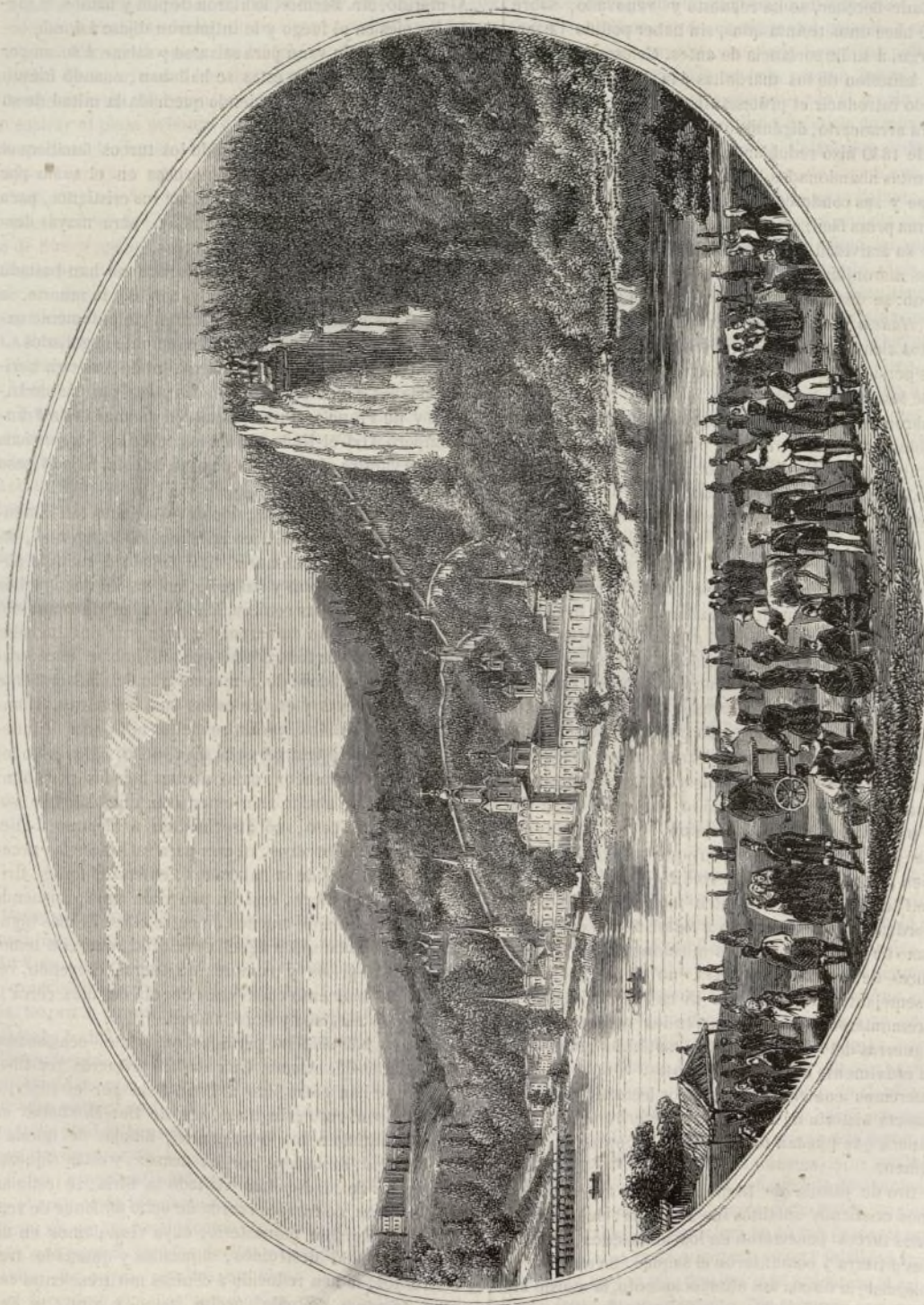
cho, se habían establecido conventos franceses y españoles, especialmente de la orden de San Francisco. En otras comarcas del Líbano los maronitas se hallan mezclados con los drusos, sus asesinos y degolladores hoy con la infame complicidad turca, que ha ido á comprobar y castigar el ministro del sultan Fuad-Bajá.



Vista del pozo bíblico en el bosque de los cedros del Líbano.

Los drusos toman su nombre de Durzi, personage del siglo XI de nuestra era, uno de los que predicaron la divinidad de Hakem, aquel califa Hakem, cuyo reinado fué un largo y monstruoso período de estravagancia, y que es adorado como un dios por los drusos. Hay entre estos diferentes sectas. Tributan un culto á un *becerro*, culto que es un

recuerdo del *Buey Apis* y del *Becerro de Oro*, adorado por los hebreos infieles á la ley de Jehová. Los drusos ocultan su religion; su vida es un sombrío misterio; miran como un enemigo á todos los que no son ellos. Tienen ros-



Vista del monasterio griego de Der-Mokhalles, en el Líbano

tro adusto y feroz, donde solo se retrata el mal, costumbres abominables, y en sus salvajes ideas se reasume el último grado de la degradacion humana. Tienen el mayor horror á los europeos; la injuria mas cruel, el insulto mas atroz,

que un druso irritado puede dirigir á otro, es: *¡ojalá te ponga Dios un sombrero en la cabeza!* Esta poblacion poderosa en el último siglo, diezmada hace cincuenta años por el célebre Emir-Bercher, se ha repuesto y renovado, sobre todo desde hace unos treinta años, sin haber podido llegar, sin embargo, á su importancia de antes. Celosos los ingleses de la adhesión de los maronitas á la Francia, habían emprendido introducir el protestantismo en el Líbano católico, para arrancarlo, digámoslo así, á su influencia. La revolución de 1830 hizo redoblar la propaganda protestante. Los maronitas abandonados, sacrificados por la política de Luis Felipe y sus condescendencias con la Inglaterra, presentaban una presa fácil; empero los espendedores de Biblias, á pesar de su actividad y de su oro, no lograron corromper la fé de los maronitas. Entonces la política inglesa se abrió otro camino: se declaró secretamente amiga de los adoradores de *Hakem* y del *Becerro*. Inspiró esperanzas en su corazón, los alentó en su inveterado odio contra los católicos, y sus persistentes esfuerzos han contribuido á rehacer el poder de los drusos en el Líbano.

Los maronitas, son mas numerosos que los drusos, y si los pueblos hubiesen tenido que combatir frente á frente, de seguro que la victoria no hubiera sido para los adoradores de *Hakem* y del *Becerro*. Entonces los drusos no hubieran aceptado el combate. No está en su carácter el luchar francamente, sino el acechar con seguridad, degollar é incendiar. Todas las sectas musulmanas, como todos los errores en este mundo reuniéndose contra el catolicismo, han proporcionado fácilmente auxiliares á los drusos en las poblaciones bárbaras vecinas á ellos. Los metualis, los kurdos y los beduinos. Las autoridades turcas han hecho abierta ó tácitamente causa comun con ellos, y entonces nada les ha detenido. Los horrores se han acumulado con todo el frenesí del crimen entregado libremente á sí mismo. Han perecido mas de cincuenta mil cristianos, y los espantosos detalles de esta horrible carnicería transmitidos por los corresponsales mas dignos de crédito han causado en Europa una profunda y terrible impresion.

En ese país amado de Dios, en ese país bíblico y patriarcal, en ese país en donde la tradición coloca al paraíso terrenal como hemos dicho; en medio de esas tribus que recuerdan los reyes pastores y los primeros cristianos, el fanatismo de los drusos y de los musulmanes ha sembrado horrores de que el siglo XIX no había presenciado nada semejante en el Oriente ni en el Occidente. Es preciso remontarse á los mas horrendos recuerdos de las antiguas guerras del Asia para hallar matanzas iguales, escenas tan cruelmente cobardes y alevosas.

No queremos contristar á nuestros lectores formando una completa historia de ellas, y solo referiremos algunos episodios para que puedan formar una idea aproximada de tanto crimen.

A un tiro de pistola de Damasco había un bazar que tenían unos cristianos súbditos de Holanda; los drusos y los soldados turcos penetraron en los almacenes, echaron las puertas á tierra y comenzaron el saqueo. Se apoderaron de Mad. Bermer, la dueña del establecimiento, la ataron una cuerda á la pierna izquierda y la bajaron por una ventana cabeza abajo. Daba los mas lamentables gritos aquella desgraciada á quien dejaron así colgada largo tiempo, tirándole tiros con pólvora á la cara los de abajo y arroján-

dole los de arriba trapos y telas encendidas. Una hora duró este suplicio, prendióse fuego á sus vestidos y fué lentamente quemada espirando en medio de los tormentos.

Al marido, Mr. Bermer, lo ataron de pies y manos, le metieron los pies en el fuego y le intimaron dijese á donde tenía sus riquezas. En vano para salvarse y salvar á su muger descubrió el sitio donde éstas se hallaban, cuando fueron á desatarle estaba muerto teniendo quemada la mitad de su cuerpo.

Al furor y la barbarie han unido los turcos fanáticos el insulto á sus víctimas. Tendieron cruces en el suelo por todas las calles por donde debían pasar los cristianos, para que las pisotearan, colgaronlas tambien para mayor desprecio y ridículo del cuello de los perros.

Las banderas de las naciones de Europa no han bastado para cubrir á los infelices que, huyendo de la muerte, se retiraron á los consulados. De allí fueron violentamente extraídos y á sus mismas puertas bárbaramente degollados.

El cónsul de Holanda fué muerto, el de América herido y todas las cancillerías quemadas, escepto las de Inglaterra y de Francia. Preparábanse á quemar la de Francia, empero Abd-el-Kader dijo á los turcos: si la quemais incendiareis vuestra ciudad, y la dejaron intacta, bajo el peso de esta amenaza.

A las matanzas se han seguido devastaciones tan lamentables como ellas mismas. Las iglesias, los conventos, las casas quemadas por centenares, han dejado á toda la poblacion cristiana sin pan y sin asilo, en medio de aquellos escombros, de aquellas cenizas. En la ciudad de Damasco, al cielo raso, se veían amontonados *once mil* desgraciados de ambos sexos y de toda edad, que allí habían encontrado un asilo, y salvándose de la muerte que despiadadamente recibían en las casas y en las calles sus hermanos. Hombres, mugeres y niños, yacían revueltos allí presa de indecibles terrores. Así pasaron ocho días, ocho siglos bajo los rayos de un sol abrasador, ocho noches heladas por abundantes rocíos, sin abrigo, sin tener con que cubrirse, sobre el desnudo suelo, no atreviéndose á alejarse á diez pasos los unos de los otros, ni aun para satisfacer las necesidades mas íntimas de la naturaleza, enfermos todos, tiritando, con la calentura, casi sin pan y sin agna, asistiendo cada día á la agonía de muchos de entre ellos. El mas lúgubre silencio reinaba sobre aquella multitud, que con temor escuchaba los gritos y rumores de fuera, creyendo ver llegar el fatal momento cada vez que oía de mas cerca la voz de los asesinos y degolladores.

Inmensas han sido las pérdidas materiales ocasionadas á los cristianos del Líbano. Una de las primeras reclamaciones que se han entregado á Fuad-Bajá por el superior general del convento griego católico de Der-Mokhalles en el Líbano, enumera los ornamentos, alhajas de iglesia y vasos sagrados, saqueados por los drusos; y estas riquezas tan conocidas de cuantos han visitado la Siria, se estiman en dos millones de francos (cerca de ocho millones de reales). Además de este monasterio, cuya vista damos en un grabado, han sido destruidos, saqueados y quemados trece conventos, se han reducido á cenizas mil trescientas casas, las cosechas de seda, aceite, trigo y vino, se han perdido.

Para formar idea de la importancia del monasterio de Der-Mokhalles y de su inmensa accion en el Líbano y sus

enormes riquezas acumuladas desde hace muchos siglos, es preciso haberla visto.

Fuad-Bajá, apoyado por la presencia de un cuerpo expedicionario francés en Siria, ha hecho rodar bajo el hacha del verdugo las cabezas de algunos emires, y otros han sido enviados á Constantinopla, donde tal vez conseguirán la impunidad de su crimen ó un ligerísimo castigo. Las tropas francesas arma al brazo enfrente de las iglesias, han visto espirar el plazo primero de seis meses señalado para la ocupacion de aquel territorio regado con la sangre cristiana. Prorogado este plazo á otros seis meses mas que terminan en junio de 1861, no han podido todavía ser reprimidos los desórdenes que amenazan volver á reproducirse de nuevo apenas falte su presencia de aquella tierra dominada por el fanatismo musulman, y que se halla interesada en sostener la Inglaterra por evitar y combatir la influencia católica en Oriente.

La Europa tal vez no tarde en abrir sus ojos y conocer que el poder de la Turquía se desmorona, que es un enfermo, como decía Nicolas I emperador de Rusia, que nada basta á reanimar, que su civilizacion es una mentira, que los ensayos de reforma contrarios al Coran, solo sirven para estimular el fanatismo de los turcos que quieren á toda costa desembarazarse de la presion exterior que sienten. El cadáver de la Turquía se va á quedar de repente en manos de la Europa, no preparada para evitar las complicaciones políticas que surgirán de un suceso tan previsto que á precipitados pasos se viene sobre ella preocupada con la revolucion de la Italia!!!

EL CONDE DE FABRAQUER.

LOS HECHIZOS DE CARLOS II.

(Continuacion.)

XIII.

Pocos dias despues remitió el emperador Leopoldo á su embajador en esta corte una informacion auténtica del obispo de Viena, sobre lo dicho por el demonio con ocasion de ser exorcizados unos enérgumenos en la iglesia de Santa Sofia. Segun la tal informacion estaba maleficiado Carlos II, se llamaba Isabel la hechicera y vivia en la calle de Silva, y los instrumentos del maleficio se hallaban en el umbral de la puerta de su casa y en cierta pieza de palacio. Estos papeles fueron entregados por el embajador aleman al monarca, el cual los pasó al consejo de Inquisicion, sin duda por dictámen del director de su conciencia. Se practicaron averiguaciones, y profundizando bastante en una sala de palacio y en el umbral de la puerta de una casa de la calle Silva, se hallaron en ambos parajes como muñecos informes y envoltorios, que parecieron á los peritos y teólogos cosas extraordinarias, de cuyas resultas en lugar sagrado se redujeron á cenizas con las ceremonias que previene el misal romano. A la sazón asistió á Carlos II para conjurarle el religioso capuchino fray Mauro de Tenda, que de su orden vino de Alemania, por ser muy práctico é inteli-

gente en materias de conocer maleficios y lanzar demonios. Lleno de angustia supo el rey de sus labios que era verdad lo de tener maleficios, sin embargo de llevar meses y meses de conjuros. Para colmo de sobresalto en uno de los dias de setiembre de 1699 se entró una muger en palacio, y atravesando el cuerpo de guardia, con furia peregrina pidió audiencia; pero se la estorbó la entrada porque parecia frenética y era de mal porte, hasta que enterado el rey de la pretension por sus gritos, se determinó á recibirla de movimiento propio, y ya á su presencia articuló cláusulas dislocadas, enfureciéndose con alteradísimo enojo, de suerte que el rey sacó del pecho su *lignum crucis*, y se lo puso delante, y entonces los presentes sacaron en hombros á aquella muger de palacio, y el rey encargó á don Jose del Olmo, su maestro de obras, que la siguiese, y averiguase dónde vivía y con qué gente, y lo demás que fuese oportuno. Resultando que moraba en compañía de otras dos mugeres, tenidas por endemoniadas, una de las cuales agitada del mal espíritu ó por demencia suya, fingia tener á Carlos II en su cuarto, y darle de comer á su gusto, y hacerle vivir con sujecion á su voluntad en todo. Inmediatamente dispuso el rey que Olmo las pasase á su casa y tuviese en custodia, para que fuese á exorcizarlas el capuchino fray Mauro de Tenda, como lo ejecutó repetidas veces, hallándose presente Fray Froilan Diaz en dos ó tres ocasiones por mandato de su real penitente, y previniendo al otro fraile las preguntas que debia dirigir al demonio. Oscurísimas y contradictorias fueron las respuestas en punto á los autores del hechizo, si bien fijas en determinar que se le dió al rey en un polvo de tabaco, y que lo sobrante estaba guardado en un escritorio, y que maleficio fué lo que se halló en el umbral de la casa de la calle de Silva, y que se compuso de hueso de perro. A fuerza de conjuros soltó el mal espíritu varias especies denigrativas para Mariana de Neoburgo y para el Almirante.

XIV.

Sumamente ofendida la reina, al creer á fray Froilan Diaz empeñado en deslustrar su fama, designándola por cómplice en los maleficios, que se suponian á Carlos II, por sugestion agena ó idea propia discurrió que el mejor desagradio de su decoro seria que la Inquisicion declarase reo de fé al tal fraile, y le sacase en auto público á vista de toda la corte, y que se diesen por falsas todas las declaraciones del demonio, como dictadas por el padre de la mentira. Con que el cargo eminente de inquisidor general se proveyera en sugeto de su predileccion y confianza, ya podia casi juzgar logrado su anhelo, y así esforzó en influir á favor del comisario general de San Francisco, fray Antonio Folch de Cardona. Muy de otro dictámen halló al soberano, y tenáz en sostenerlo como no lo tenia de costumbre, porque á la sazón experimentaba algun alivio en sus accidentes, y lo atribuía á la virtud de los exorcismos y á la eficacia de los remedios, de que ya usaba no tan secretamente como antes, no siendo por tanto de extrañar que estuviera en ánimo de elegir un inquisidor general que prosiguiera con amor y fidelidad la obra de su antecesor en tan alto destino, y le procurase el cabal restablecimiento de sus dolencias. No mirando con aceptacion al comisario general de San Francisco, se excusó de complacer á la reina, y lo hizo hábilmente sin más que fundar la negativa en no ser mitrado este personage. En vano replicó

Mariana de Neoburgo que ya habian presidido el tribunal de la Inquisicion fray Tomás de Torquemada con solo el hábito dominicano, y el padre Everardo Nithard sin mas que el manto de jesuita, pues el rey se mantuvo firme expresando que la eleccion del primero á nadie pudo causar estrañeza; pero que despues de buscarse inalterablemente obispos, arzobispos y cardenales para este cargo, la del segundo se hizo por su madre á costa de muchos disgustos, y se lo censuraron sobremanera, y no queria de ningun modo que ahora se renovasen tales murmuraciones. Al decir estas últimas palabras se enardecíó bastante, y su esposa no se atrevió á insistir por entonces, aunque persuadida completamente de que poco á poco vencería la repugnancia y quedaria victoriosa. Pero Carlos II no la dió lugar á reproducir la tentativa, pues muy de secreto llamó al purpurado, á quien tenia elegido para la vacante de Rocaberti, y le reveló que ya estaba pedida la bula á Roma, no sin encarecerle con lágrimas que elevado al importantísimo empleo se desempeñara de las obligaciones propias de su cuna y de su gerarquía, y le desahogara el corazon de la opresion que le atormentaba en la creencia de estar hechizado. Tambien con llanto copioso respondió este condecoradísimo sugeto, que su fidelidad y gratitud las sellaría el sepulcro, y que, si estuviera en su mano, por aliviar al rey de tantas fatigas derramaria toda la sangre de sus venas, si bien daba su palabra y aun hacia juramento por su consagracion de que no descansaria un instante hasta inquirir lo que hubiese de verdad en punto á los hechizos.

XV.

Don Alonso de Aguilar se llamaba este personage y era hijo del marqués de Priego. Con bastante aplicacion habia seguido los estudios en el colegio mayor de Cuenca, y tras de obtener una canongía en la santa iglesia de Córdoba y de resignarla muy pronto, su tío el duque de Sesa le hizo abad de Rute, y despues se estancó de ministro en el Consejo de las Ordenes durante muchos años, con ambicion de vestir la púrpura cardenalicia, aunque sin fruto, por anteponer el conde de Oropesa á un religioso mercenario en el auge de su privanza. Tal contratiempo le amilanó de suerte que se le tuvo por hombre de poco espíritu, ya que no por tonto, hasta que, siendo ya valido el Almirante, y quedando viudo y apeteciendo pasar á segundas nupcias con doña Ana Catalina de la Cerda, impetrando el apoyo de la marquesa de Priego, hermana de esta señora, se convenció de que solamente el cuñado de ellas, don Alonso, daria á su pretension buen remate. Mortificado grandemente de mendigar para su enlace los sufragios de un hombre, que á su vez se debía anticipar á brindárselo como obsequio, aun quedó mas corrido al oír de boca del árbitro de su ventura que *ningun aprecio merecian á aquella dama los dictámenes de un pobre arrinconado monigote*. Muy al cabo en fin de que á pesar de la abstraccion aparente del don Alonso, la autoridad que se tenia granjeada con las dos hermanas era tal, que nunca se haria la boda sin asegurarle antes el capelo, se comprometió á alcanzárselo el Almirante de la manera mas solemne, y de seguida se allanó todo. Ya cardenal y sustituyendo el sobrenombre de Córdoba á su apellido, se mostró don Alonso varon de espíritu gallardo, y aun se hizo emprendedor tan luego como Carlos II le anunció que su posesion del

cargo de inquisidor general pendia no mas que de la venida de la bula de Roma. Por fray Froilan Diaz se enteró de cuanto habia pasado con las energúmenas de Cangas y de los conjuros de fray Mauro de Tenda, y para caminar mas sobre seguro, se quiso asesorar de don Lorenzo Folch de Cardona, con quien desde antes de ser cardenal mantenía buenas relaciones. Citándole una tarde á su casa, de buenas á primeras dijo que, combinando los cabos sueltos de las especies proferidas por el demonio, se le figuraba que no podia menos de estar complicado en esta maldad el Almirante, y que como en caso de tal magnitud no se debía despreciar cosa alguna, y menos interponer dias y dias, pues el rey iba muy á peor de sus extraños accidentes, tras un alivio de duracion corta, á tenor de los consejos de hombres doctos y políticos juzgaba que la principal diligencia habia de ser que la Inquisicion de Granada, en cuya ciudad sufría aquel prócer el destierro, se echara sobre su persona, y le encerrara en prision decente, y se apoderara de sus papeles todos á fin de remitirlos encajonados y sellados á esta corte, é incomunicara en las cárceles secretas á sus criados de mayor confianza. Segun la opinion del cardenal Córdoba, aunque no arrojará ninguna luz el escrutinio de los papeles, bastante material habia ya para que se interrogase al Almirante con las deposiciones del demonio, y que, siendo reo, no dejaria de confesar al golpe, como que á los hombres siempre lisonjados por la fortuna les faltaba el ánimo al primer contratiempo, y no se debía esperar que, hecho á la prosperidad de las delicias y las riquezas, se resignara á la soledad y al horror de su prision rigurosa; fuera de que no era de presumir que, estrechados los criados, se dejase de saber todo por alguno. Finalmente expresó el purpurado que no solicitaba dictámen sobre lo que ya traía resuelto, sino direccion para ponerlo en planta, aprobándolo el Consejo de Inquisicion y disponiendo que se ejecutase con la prontitud, madurez y destreza correspondiente al caso, para ganar tiempo mientras le venia la bula. Asombrado don Lorenzo Folch de Cardona así del asunto como de la precipitacion y violencia con que lo queria emprender este purpurado, le vino á decir en buenas palabras que era un gran disparate cuanto llevaba discurrido. En su concepto, para prender á un hombre como el Almirante se necesitaba una semiplena probanza de que hubiese delinquido en materia de fé religiosa y solo tenia contra sí las deposiciones del demonio y mezcladas con tanta inconsecuencia, que dejaban el hecho inverosímil en parte y oscuro en todo. De no hallarse ni en los papeles de aquel varon ilustre, ni en las declaraciones de sus criados la menor especie que tuviera conexcion alguna con los dichos del padre de la mentira, por fuerza se incurriria en la comun censura y no habria manera de reparar el mas enorme agravio. Despues de insinuar todos estos inconvenientes dijo Folch de Cardona que todos los consejeros se excusarian de poner las manos en materia tan delicada, por mucho que veneraran al que les habia de presidir en breve. Interin no le llegase la bula de Roma. Por su parte el cardenal Córdoba se esforzó en rebatir los argumentos uno á uno, ponderando la importancia de la salud del soberano, para cuya restauracion no se encontraba otro remedio; y tras de valerse del agrado y de la severidad sin el menor fruto, se levantó de su silla y despidió muy desazonado al que no se prestaba á ser instrumento de providencias tales. No es aventurado afirmar que se las sugerian exclusivamente fray